11401

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UN CUERDO LOCO Y UN LOCO CUERDO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA.

Pizarroso

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1859.

4

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Albacete	Perez.
Alcoy	V. de Martí é hijos.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almería	Alvarez.
Aranjuez	Prado.
Avila	Rico.
Badajoz	Orduña.
Barcelona	Viuda de Mayol.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Castrourdiales	Saenz Falceto.
Córdoba	Lozano.
Cuenca	Mariana.
Castellon	Gutierrez.
Ciudad-Real	Arellano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Chiclana	Sanchez.
Ecija	Garcia.
Figueras	Conte Lacoste.
Gerona	Dorca.
Gijon	Sanz Crespo.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Bueno.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Zara y Suarez.
Lugo	Pujol y Masia.
Lorca	Delgado.
Logroño	Verdejo.
Loja	Cano.
Málaga	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Motril	Ballesteros.
Murcia	Hermanos de Andrion.
Manzanares	Acebedo.
Mondoñedo	Delgado.
Orense	Robles.
Oviedo	Palacio.
Osuna	Montero.
Palencia	Gutierrez é hijos
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Palma del Rio	Gamero.
Pontevedra	Cubeiro.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Puerto-Rico	Marquez.
Reus	Prins.
Ronda	Gutierrez.
Sanlúcar	Esper.
San Fernando	Meneses.
Santa Cruz de Tenerife	Ramirez.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
Soria	Rioja.
Segovia	Alonso.
San Sebastian	Garralda.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Salamanca	Huebra.
Segorbe	Clavel.
Tarragona	Aymat.
Toro	Tejedor.
Toledo	Hernandez.
Teruel	Castillo.
Tuy	Martz. de la Cruz
Talavera	Castro.
Valencia	Moles.
Valladolid	Hernainz.
Vitoria	Galindo.
Villan.ª y Geltrú.	Magin Beltran y compañia.
Ubeda	Treviño.
Zamora	Calamita.
Zaragoza	V. Andrés.

UN CUERDO LOCO, Y UN LOCO CUERDO.

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. CARLOS PIZARROSO.

Representada por primera vez con grande aplauso en el teatro del Príncipe, el 13 de mayo de 1859.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

PERSONAS.	ACTORES.
EL DOCTOR MAURO.....	D. Emilio Mario.
ROSA, su hija.....	Doña Francisca Tutor.
D. VALENTIN, maniático.....	D. Fernando Ossorio.
EDUARDO ORTEGA.....	D. José Olona.
RUFINO, guarda-locos.....	D. Ramon Benedí.

La accion pasa en una casa de sanidad, á pocas leguas de Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lírica titulada El Teatro, *son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

ACTO UNICO.

Un jardin. Verja al foro: á la izquierda la casa del Doctor con rejas altas y bajas, á la derecha un pabellon, dentro del cual se descubre por la ventana un piano, papeles de música y un canastillo de labor. Sillas en el jardin y un velador de piedra. Al levantarse el telon se oye gritar á los locos que están asomados á las rejas, y que callan al escuchar la campana de órden.

ESCENA PRIMERA.

El DOCTOR, viniendo del foro y asomándose á la puerta de la izquierda

Rufino, díle á mi hija que venga si quiere saber una buena noticia. ¡Ea!... todo vá bien, la noche se ha pasado tranquilamente: á ningun loco le ha dado el acceso, y aun muchos se hallan en el último período de su curacion, lo cual prueba la eficacia de mi tratamiento. ¡Qué noble tarea la de corregir, la de sanar el único órgano que distingue al hombre de la bestia! Asi es que mi establecimiento de dementes nunca se vé vacío: á él acuden á docenas toda clase de enfermos: gotosos, tercianarios, catarrosos, hipocondriacos, á los que contesto: Idos á curar á otra parte; para recurrir á mí es preciso haber perdido la cabeza.

673990

ESCENA II.

DOCTOR, ROSA.

ROSA. Bien, bien, puede (Saliendo de la casa.) usted estar tranquilo, ya cuidaré de que no me dé el sol.

DOCT. ¿Con quién hablas, Rosa?

ROSA. Con don Valentin, ese loco á quien ha dado usted permiso de pasear por la casa. Tiene buena índole, y si no fuera por su mania de creerse padre de todas las jóvenes que van á contraer matrimonio...

DOCT. No hay quien le haga desistir de esa idea.

ROSA. Lo que me hace reir es ademas el empeño con que me cuida, las precauciones que se toma por mi salud... Como que á toda costa quiere que sea su hija.

DOCT. Y á mayor abundamiento el muy bribon se apropia mi nombre, mi título de médico y pretende curar mis enfermos.

ROSA. ¡Pues no me acaba de anunciar, usando de su autoridad paterna, mi próximo enlace con un jóven que, segun él, reune todas las dotes necesarias para hacerme feliz!

DOCT. ¡Já! ¡já!... No carecen de fundamento los que afirman que los niños y los locos siempre dicen verdad.

ROSA. ¡Verdad!

DOCT. Vamos, contéstame ingénuamente; ¿cuál es tu opinion sobre el matrimonio? ¿Nunca has pensado en casarte?

ROSA. Si le he de ser á usted franca, padre mio, lo he soñado ya tres veces seguidas.

DOCT. ¿Y qué dirias si de un dia á otro al despertar de tu sueño lo encontrases realizado?

ROSA. ¡Cómo! ¿Trata usted de casarme?

DOCT. Si, hija mia, ya es tiempo de que te dé un marido digno de tí, y el que te he buscado lo es.

ROSA. ¿Es guapo?

DOCT. Y rico. Tú le conoces.

ROSA. ¡Yo!

DOCT. Ya os habeis amado.

ROSA. ¡Es posible!.. No me acuerdo...

DOCT. Verdad es que tú no tenias mas que seis años y él once cuando se rompió vuestra amistad.

ROSA. ¿En Madrid?

DOCT. Justamente.

ROSA. ¿Mi maridito? ¿Eduardo?

DOCT. Eduardo Ortega, el hijo de un condiscípulo mio, mi mejor amigo. Segun parece no te es ingrata la memoria.

ROSA. ¡Oh! no. ¡Jamás me olvidé de él! ¡Cuánto me queria! ¡Qué amable era! ¡qué condescendiente! En nuestros juegos pasaba por todos mis caprichos, no oponia réplica alguna á mi voluntad, y cuando á veces me castigaban, venia á mi lado á consolarme, mas en caso de no conseguirlo mezclaba sus lágrimas con las mias.

DOCT. Me alegro de verte tan bien dispuesta en su favor, aunque al cabo de doce años que no le hemos vuelto á ver debe haber cambiado notablemente: de tal modo quizás que no le conozcamos á su llegada.

ROSA. ¡Qué! ¿vá á venir?

DOCT. Cuanto antes. Al menos asi se espresa la carta que de su padre he recibido. Mi buen amigo Ortega evoca el recuerdo de nuestra antigua amistad, me hace algunos cargos por mi indolencia en escribirle durante estos doce años, y me participa sus deseos de que nos unamos con un lazo mas fuerte é indisoluble que nunca, para lo cual me trae á la memoria nuestros proyectos sobre nuestros hijos: en fin...

ROSA Todo lo adivino. (Echándose en sus brazos) ¡Oh! ¡padre mio, qué bueno es usted! ¡Qué animacion, qué alegria vá á invadir esta casa!

DOCT. Me temo que pronto tenga dos locos más que curar.

ROSA. No diré que no.

ESCENA III

DICHOS, RUFINO.

DOCT. ¿Qué traes, Rufino?

RUF. Una carta para usted.

DOCT. Dáme. (Abre la carta) ¡Ah! un loco más que me encargan: en breve no bastará mi local á encerrarlos. «Señor doctor: (Leyendo.) permítame usted que reco-»miende á su cuidado á uno de mis parientes llamado »San Roman, de cuyo estado desespero si no acude us-»ted en mi ayuda. Habiendo nacido con un corazon »tierno y apasionado, prendóse de una mujer encanta-

»dora con quien iba á enlazarse, cuando esta por un ac-
»cidente funesto murió.»

ROSA. ¡Pobre hombre!

RUF. Mas digna de lástima es la mujer.

DOCT. «Esta lamentable pérdida ha trastornado su razon has-
»ta el punto de figurarse ver la que adoraba en todas
»las mujeres que la casualidad ofrece á sus ojos.

RUF. ¡Hum!... (Maliciosamente.) Póngase usted sobre aviso, señorita.

DOCT. ¡Silencio! «Mi carta, sin duda, no le precederá sino un os
»instantes, pues le he persuadido de que su futura ha-
»bitaba en casa de usted, con lo cual se ha apresura-
»do á ponerse en camino. Restituya usted su juicio á
»ese infeliz, y para pagar tan buena accion creeré es-
»casa mi fortuna. Queda de usted, etc., San Roman.»

ROSA. ¡San Roman! ¿ese banquero cuya opulencia ponderan?

DOCT. Cabalmente... y me promete su fortuna si logro curar...
¡Oh! yo le curaré .. ¡la filantropia ante todo! «*Postdata*.
»Debo tambien advertirle á usted, que mi pariente su-
»fre á menudo grandes accesos de violencia...»

RUF. (¡Malo!)

DOCT. »Y particularmente cuando vé á las personas por pri-
»mera vez.»—Rufino, tú le recibirás.

RUF. (¡Qué ganga!)

DOCT. ¡Ah! y á ver cómo le tratas... mucha deferencia...

RUF. ¡Oh! á buen seguro que porfie con los locos. Vea usted, momentos hace, don Valentin me repetia como de costumbre: yo soy el amo de la casa.

DOCT. ¡Qué obstinacion!

RUF. En agradecimiento á mi buena conducta, me dijo se proponia aumentar mi salario, echó mano al bolsillo. Yo...

DOCT. ¿Te resististe?

RUF. ¡Ca! No, señor. (El Doctor le dá una bofetada.) Pero, señor, ¿no me dice usted que no tenga que disputar con los locos?

DOCT. Pronto... entrégame ese dinero para devolvérselo.

RUF. Tome usted.

DOCT. Bueno. Asi tendrás presente que mientras recibo con una mano, sé dar tambien con la otra. Vamos adentro, Rosita. (Al irse un campanillazo les detiene.)

ROSA. Han llamado.

DOCT. Si.

RUF. Creo que no. (Temblando.)

ROSA. Sin duda es nuestro nuevo huésped, ese atribulado amante que espera usted.

DOCT. Dices bien. Vamos, Rufino, ¿qué haces ahí sin abrir?

RUF. Voy corriendo. (Váse lentamente por la izquierda con marcada repugnancia.)

DOCT. Tú, querida, entra en tu habitacion.

ROSA. No sé por qué... pero tendria sumo gusto en ver á ese interesante jóven.

DOCT. ¡Curiosilla!... (¡Mujer al fin!)

ROSA. ¡Un loco de amor!...

DOCT. Si, ciertamente es un fenómeno... Mas tiempo tienes de verle. (Yo aguardaré en mi gabinete á que Rufino haya probado su carácter.)

RUF. ¡Señor! (Saliendo de la casa.)

DOCT. ¿Quién es?

RUF. No es nadie. (Sacuden la campanilla con mas fuerza.)

DOCT. ¡Cómo nadie! ¿Has perdido acaso el oido?

RUF. El viento tal vez...

ROSA. Me parece que el pobre Rufino no las tiene todas consigo. (Váse corriendo.)

DOCT. ¿Tienes miedo, cobardon?

RUF. No... no. . no... señor. (Tartamudeando.)

DOCT. Entonces, abre de una vez.

ROSA. Ya no hace falta. (Volviendo.) ¡Es muy guapo!... Le he visto por la cerradura y le he abierto. (Huye por la derecha.)

DOCT. ¡Le has abierto!... Rosa... (Asustado.) hija mia... escucha... tengo que hablarte... (Váse tras ella, cerrando la puerta del pabellon: Rufino permanece indeciso en mitad de la escena.)

ESCENA IV.

RUFINO, EDUARDO.

EDUAR. ¡Maldita casa! (Conservando en la mano el cordon de la campanilla.) Despues de tenerme una hora en la puerta, me abren sin que sepa quién. (Viendo á Rufino.) Tal vez este zopenco... Di, ¿eres tú quien tiene la culpa de que haya roto la campanilla? (Le tira el cordon á la cara)

RUF. (Bien decia la carta: es un furioso.)

EDUAR. ¿El doctor Mauro vive aqui?
RUF. Si, señor. Acaba de salir, pero no tardará.
EDUAR. ¡Cuál será su sorpresa al verme!
RUF. ¡Sorpresa!... no tal, le aguardaba á usted.
EDUAR. ¡Ah! es verdad. La carta le habrá enterado...
RUF. (¿Cómo sabrá?...)
EDUAR. ¿Es cierto que tu señorita es una jóven amable, hermosa, hechicera?
RUF. ¡Tá, tá, tá, tá! Héte ya la cabeza que se exalta. Olvida que su futura es ya muerta.
EDUAR. ¡Muerta!... ¿Dices que muerta?...
RUF. No, no señor. Decia que no acostumbraba usted á llamar á mano muerta.
EDUAR. ¡Ah! Vamos, contéstame: ¿tu ama?...
RUF. Es la rubia mas preciosa...
EDUAR. ¿Rubia? ¿Qué es lo que dices?
RUF. Con unos ojos azules asi... rasgados...
EDUAR. ¡Ojos azules! Mucho habrá cambiado entonces. (Me parece que este muchacho se resiente del aire que reina aqui.)
RUF. Cuando usted guste le conduciré á su departamento.
EDUAR. ¡Eh!
RUF. Quiero decir á su habitacion.—Allí estará usted mas cómodo.
EDUAR. No, prefiero que me lleves al lado de mi futura.
RUF. (Presentarle á la señorita... Al punto vá á conocer que no es su novia, y si le acomete la crisis...)
EDUAR. Pero ante todo convendria reparar un poco el desórden de mi traje. Indícame donde...
VAL. (Dentro.) ¡Rufino! ¡Rufino!
RUF. (¡Esta sí que es buena! No hay bastante con uno, sino que ahí viene el otro. Lo mejor que puedo hacer es ponerme en salvo y ellos allá se las compongan.) (Váse.)
EDUAR. ¡Eh, muchacho! .. ¿adónde vas tan á prisa?... Cuando digo que ese chico no está en el cabal uso de su razon!

ESCENA V.

EDUARDO, D. VALENTIN, con una retorta de vidrio en la mano.

VAL. (Contemplando el contenido de la retorta con aire meditabundo.) ¡Cuántas noches de insomnio y de vigilia, cuántos des-

velos me ha costado resolver este gran problema químico, gracias al cual dentro de poco tiempo hemos de ver arder al mundo de polo á polo en la inestinguible llama del amor! Tal es el poder que mi precioso filtro ejerce sobre las almas, que desde el dia de hoy, solo desde el dia de hoy el noble sentimiento del amor vá á pasar de una torpe mentira á una verdad inconcusa, irreprochable, y los maridos podrán al cabo estar seguros de la fidelidad de sus mujeres. Mi genio era el predestinado á hacer tan útil descubrimiento (Pone su retorta sobre la mesa, luego llamando.) ¡Rosa! ¡Rosita!

EDUAR. Dispense usted, caballero, el nombre que acaba usted de pronunciar...

VAL. Es el de mi hija.

EDUAR. ¡El de su hija de usted!... Entonces usted será...

VAL. Soy médico, farmacéutico, alquimista, pésele á quien le pese, y dueño ademas del magnífico establecimiento de locos que está usted viendo... comó que soy especial en ese género de enfermedades.

EDUAR ¡Déme usted, pues, un abrazo, mi futuro suegro! (Se abrazan.)

VAL. ¡Hola! me alegro. ¡Ya tiene aqui al cabo mi hija el novio que tanto tiempo hace la buscaba! (Parece que mi descubrimiento empieza á obrar admirablemente.)

EDUAR. Si, mi querido suegro, tiene usted delante al hijo de su antiguo amigo y condiscípulo, que viene á servir de estrecho lazo entre una y otra familia, y espera muy en breve formar de ellas una sola para siempre. Me llamo Eduardo Ortega.

VAL. ¡Eduardo Ortega!... ¡Eduardo Ortega!... ¡Ah! si, si, si, ya recuerdo, venga otro par de abrazos.

EDUAR. Todos los que usted quiera. (Mucho me han prevenido sobre la estravagancia de su carácter, pero en realidad escede con creces la idea singular que de él habia formado antes de conocerle.)

VAL. Verás, verás como bailo el dia de vuestro casamiento, porque aunque me ves en apariencia tan abrumado por los años, todavia me siento con fuerzas para abrir un baile como pudiera hacerlo el mas jóven, y si no ahora mismo vas á juzgar por tí propio. (Empieza á valsar precipitadamente.)

EDUAR. (¡Qué ocurrencia!... Todos esos sábios son escéntricos

como ellos solos.)

VAL. Sin duda te sorprenderá el verme á mi edad tan alegre, ¿no es cierto?

EDUAR. Dicen que la alegria natural acompaña siempre á un buen corazon, y esto acaba de descubrirme la escelencia del de usted. Pero estoy ansioso por ver á la linda Rosita, á quien deseo declarar al instante mi afecto, que el tiempo ha trasformado en amor, amor que no puede estar ya mas comprimido.

VAL. Para vosotros espresamente he compuesto cierta combinacion química, cuyos saludables resultados no tardareis en esperimentar.

EDUAR. Por favor le pido á usted que trate de olvidar un momento su química, y me hable en su lugar de mi futura esposa.

VAL. Bien, bien, ya que asi lo quieres hablemos de ella. Tú ves este establecimiento... ¿no es verdad que es magnífico? Pues yo solo he sido quien lo ha fundado.

EDUAR. ¿Adónde diablos irá á parar?...

VAL. Yo me ocupo en él de la curacion de unos veinte ó treinta dementes, todos á cual mas insensatos; pero el que se distingue por lo original entre ellos, es un curioso monómano, á quien le ha dado por tomar mi nombre, estudiar mis menores gestos y creerse padre de mi hija ¡Já, já, já! (Á grandes carcajadas.)

EDUAR. No deja de ser curioso en efecto.

VAL. Pretende á todas veras ser considerado como el dueño de la casa, y se hace llamar por todos el doctor Mauro. ¡Já, já, já!..

EDUAR. De seguro el pensionista no está menos loco que el verdadero amo.

VAL. ¡Mira!... hácia aqui se dirige el loco de que te estoy hablando. Mucho vas á reirte de él.

DOCT. (¡Ese pícaro (Ap. bajando del pabellon.) Rufino, que á pesar de lo que le tengo mandado, deja juntos á mis enfermos!)

VAL. Quédate, si es que quieres divertirte un rato con él, mientras corro yo á avisar á mi hija de tu llegada, para que se esmere algo mas que de ordinario en el traje..

EDUAR. ¡Su traje!... ¿y por qué?... Discúlpela usted de esa molestia...

VAL. Vamos, vamos, ¡bribonazo! No empecemos ya á rebe-

larnos contra la voluntad de papá-suegro... He dicho que quiero presentártela con un traje bonito, y basta. Hasta luego.—¡Rosa! (Llamando.) ¡Rosita! (Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

EDUARDO, el DOCTOR.

EDUAR. Á fé mia que no estoy muy tranquilo de verme cara á cara con ese loco, que puede muy bien estar espuesto á accesos de furor, y para evitar cualquier desgracia... (Hace un movimiento para retirarse, mas el Doctor le cierra el paso.) ¡Dios me ampare! Ya caí por su cuenta... (El Doctor y él se examinan mútuamente y se saludan.)

DOCT. Amigo mio: tome usted esta silla y siéntese en ella, porque tenemos mucho que hablar entre los dos, ó mejor dicho, porque vá usted á sufrir un ligero interrogatorio de parte mia, al cual espero que responda usted con toda la sinceridad de su alma.

EDUAR. Muchas gracias. (Sentándose en la silla que le alarga el Doctor.) (Á la legua se descubre la insensatez de este pobre diablo.)

DOCT. (Los párpados (Ap. observando fijamente la fisonomia de Eduardo) amoratados hacen resaltar la vaguedad de su pupila... la palabra incierta... el tono breve é incisivo... Si, si, si, lleva impreso en el rostro el sello de la demencia, todo denota en él el estado irritable de su sistema nervioso... Mi vista es infalible)

EDUAR. (¡Qué modo tan estraño de observarme!)

DOCT. El pulso... (Cogiéndole la mano.)

EDUAR. Si no me siento enfermo.

DOCT. Á veces uno se figura no estarlo, y no obstante...

EDUAR. (No habrá mas remedio que ceder á sus caprichos.)

DOCT. ¡Hum!... lleno y desigual: mal síntoma. Vamos, jóven, sea usted ingénuo á las importantes preguntas que voy á dirigirle, en la inteligencia que si á ellas no contesta usted de una manera exacta, juiciosa, acorde, inútil será toda la eficacia que despliegue mi talento médico, para conseguir el restablecimiento cabal de su salud. ¿Al fijar la atencion primeramente en un objeto cualquiera, y luego en otro, ¿sabe usted conocer las di-

versas cualidades que los distinguen entre sí, cuáles sean los puntos analógicos y comunes á entrambos? ¿Tiene usted conciencia íntima de lo que le estoy diciendo, y se vá usted al cabo penetrando de su esencialidad?...

EDUAR. ¡Já, já, já!... Me parece, caballero, que haria usted mejor en dirigirse á sí propio esas observaciones, que algo mas que yo las necesita.

DOCT. ¡Já, já, já! ¿pues no me ha tomado por un loco como él?... Esto tiene gracia.. ¡Já, já, já! (Prorumpen los dos en carcajadas sin dejarse de mirar un momento.)

EDUAR. Si pudiera librarme (Intenta escaparse.) de él...

DOCT. Poco á poco. Todavia (Deteniéndole.) nos queda bastante por hablar.

EDUAR. Por quien soy, que me vá importunando la pesadez de este loco.

DOCT. (Ataquemos la cuerda sensible, á ver si por este lado...) La larga esperiencia (Con gravedad.) que de las cosas del mundo he adquirido, el profundo estudio que he hecho de las fuerzas vitales en todos los órdenes de séres, me ha dado al fin el conocimiento seguro y positivo de lo que es la crisis universal que llamamos muerte.

EDUAR. ¡Qué querrá decir! (Con inquietud.)

DOCT. Cuanto existe, cuanto tiene la condicion de cuerpo organizado, es mortal y perecedero. Ahora bien, si la pérdida prematura de alguna persona amada invade su espíritu de usted de una negra melancolia, si el dolor llega á ser tan intenso que obstruya quizás los sentidos, perturbando el libre y natural ejercicio de sus funciones, no hay que desmayar por eso, ni perder la esperanza de recobrar un dia la perdida razon. Yo me encargo de combatir la enfermedad desde este instante con mi característica perspicacia y...

EDUAR. ¡Esto es cada vez mas insoportable!... ¡que no pueda encontrar una persona medio cuerda en esta casa! (Escápase corriendo por el foro.)

DOCT. ¡Eh! ¡caballero San Roman, (Persiguiéndole.) aguárdese usted un poco! ¡aun tenemos mucho que hablar!... ¡Si, que si quieres!... Voy á dar órden en seguida de que lo aten de piés y manos...

ESCENA VII.

El DOCTOR, ROSA.

ROSA. ¡Y bien! padre mio, (Saliéndole al encuentro.) ¿ha visto usted ya á su enfermo? ¿Cómo le encuentra usted? ¿Está tan fuera de juicio como lo decia la carta de sus parientes?

DOCT. ¡Oh! se encuentra en un grado de exaltacion que no puedes figurarte... ¿Querrás creer que empieza á imaginarse que no necesita de mis cuidados, y que yo soy el verdadero loco?...

ROSA. ¡Infeliz!

DOCT. Yo he tratado de atraer sus ideas hácia la pérdida de la mujer que ha causado su desventura; imposible sacarle dos palabras que tuvieran sentido comun. Por lo demas no reconoce ni remotamente su deplorable estado.

ROSA. ¿Y ha sido el amor quien le ha reducido á ese estremo?... ¡Ah!... pobre jóven. Padre mio, no omita usted nada para su pronta curacion.

DOCT. Ahora me ocurre una idea para ello que me parece escelente, un tratamiento particular que habrá de producir efectos rápidos y maravillosos.

ROSA. Sobre todo no le someta usted á esperimentos peligrosos.

DOCT. No tal: tú eres quien vá á encargarse del plan curativo de ese jóven.

ROSA. ¡Yo!

DOCT. En el error en que se halla acerca de la muerte de su futura, yo creo que las dulces emociones de una entrevista contigo, en que te finjas su amada, le conmoveria sobremanera; el llanto una vez abierto, el corazon se iria descargando del peso que le oprime, la reaccion no podria tardar en hacerse sentir, y la cabeza quedaria tanto mas despejada cuanto los centros nerviosos cambiasen de escitacion... ¿Comprendes?

ROSA. No muy bien.

DOCT. En fin, cuento contigo. Él estará ahora recorriendo el jardin; aparenta pasearte tú tambien, os encontrais y...

ROSA. Pero...

DOCT. No tengas miedo. Háblale de cosas que hieran la fibra de la sensibilidad, pon mucho cuidado en no contradecir-

le en nada y haz uso de las figuras patéticas; voy entre tanto á mi laboratorio á preparar una pocion calmante para suministrársela en el acto.

ROSA. ¡Si no me voy á atrever!

DOCT. ¡Qué niñería! ¿No te digo que no corres peligro? Ademas, yo no estoy muy lejos de aqui. (Váse, haciendo señas á Rosa de que Eduardo se acerca.)

ESCENA VIII.

ROSA, EDUARDO.

ROSA. Nunca hubiera (Despues de haber entrado en el pabellon.) accedido á la voluntad de mi padre, si no fuera por el deséo que tengo de ver á ese jóven, víctima desgraciada de un funesto amor. (Mirando desde la ventana.) ¡Ah!... allí le veo que vá dando vueltas al rededor de la casa con aire distraido... Parece buscar... ¿á quién?... á su novia tal vez... ¡Calla!... ¡se detiene debajo de mi ventana! (Abre el piano, se sienta á él y empieza á cantar una romanza, acompañándose ella misma. Eduardo, como atraido por la voz de Rosa, se vá aproximando cada vez más á la ventana del pabellon.)

EDUAR. ¡Oh! ¡qué linda (Descubriendo al fin á Rosa.) criatura!... ¡Y qué acento tiene tan simpático! (Dirigiéndose á ella.) Diga usted, señorita: seria usted por ventura la hija del Doctor Mauro.

ROSA. Si, señor. (No estoy del todo tranquila...)

EDUAR. ¿Será cierto?... ¿con que usted es mi querida Rosa?

ROSA. (¡Hola! ya sabe cómo me llamo.)

EDUAR. ¡Oh! corro á darla á usted un apreton de manos. (Se lanza de un salto al interior del pabellon y saca de él á Rosa dándola el brazo.)

ROSA. (¡Para loco no deja de ser fino!)

EDUAR. ¡Cuántos años hacia que no nos hallábamos asi juntos!

ROSA. ¡Oh! si, muchos años. (Mi padre me ha encargado que no le contradiga en nada.)

EDUAR. Pero abrigo la esperanza de que pronto nos uniremos para no separarnos nunca.

ROSA. No, nunca.

EDUAR. ¿Te sometes, pues, á los deseos de tu padre?

ROSA. Me habla usted de tú...

EDUAR. ¡Ah! te ruego que me permitas esa libertad, á la cual

casi me considero con derecho: esto me recuerda los primeros tiempos de nuestra niñez. ¡Nos hemos conocido tan jóvenes!

ROSA. (Lo mismo que Eduardo y yo.)

EDUAR. El dia que se verifique nuestro enlace ¿tendrá á tus ojos el mismo encanto que á los mios? Algo vana te parecerá la pregunta; pero quiero desquitarme ahora de los grandes tormentos de tan larga ausencia. Di: ¿me amas como antes?

ROSA. ¿Podria usted dudarlo?

EDUAR. ¡Ah! yo estoy fuera de mí... quiero besar tus plantas... estrechar tus rodillas...

ROSA. (¡Cielos! (Retrocediendo atemorizada.) ¡Si se sentirá acometido de algun arrebato de furor!)

EDUAR. Ven. ¿Por qué me esquivas? ¿Acaso te inspira temor mi actitud?

ROSA. No; pero podrian venir. Levántese usted.

EDUAR. Si así lo quieres, obedezco.

ROSA. (¡Qué docilon es! Acabaré por acostumbrarme á esta clase de accesos.)

EDUAR. ¿Te acuerdas, Rosa, cuánto nos queriamos de pequeñitos, cómo simpatizaban nuestros genios?... Pues si entonces, que tus gracias no habian llegado aun á desarrollarse; entonces que tu parte moral carecia de los irresistibles atractivos de una educacion esmerada, lograste cautivar el corazon del niño, ¡qué no lograrás en este instante del corazon del hombre, presentándote ante él como un tesoro de belleza, de virtud y de talento!

ROSA. (Cualquiera diria que está en su sana razon. ¡Yo quisiera que Eduardo se espresase del modo que este lo hace!) Bien sé que no merezco las lisonjas que acaba usted de tributarme; las admito, sin embargo, en gracia al sentimiento que se las dicta.

EDUAR. Siempre van unidos el mérito y la modestia.

ROSA. Por favor...

EDUAR. Para apaciguar el ardor que me devora, exijo de tí una prueba de amor.

ROSA. ¿Exige usted?...

EDUAR. No, suplico.

ROSA. ¿Y qué clase de prueba?...

EDUAR. (Cogiéndola la mano) Que me dejes estampar un beso en esta mano.

ROSA. (Retirándola.) Aun no nos ha echado la bendicion el cura...

EDUAR. Un solo beso... (Volviendo á apoderarse de ella.) no mas que uno, ó de lo contrario no respondo de mí.

ROSA. (¡Qué miedo! Otra vez le acomete el acceso... Mi padre me ha encargado no contrariar en nada al loco...) (Abandona la mano á Eduardo, que la besa con exaltacion: en este instante aparece D. Valentin por el foro.)

ESCENA IX.

EDUARDO, D. VALENTIN, luego RUFINO.

VAL. ¡Bravo... bravo! Asi me gusta. (Rosa se escapa.) Creo haber visto que besabas la mano de mi hija... No hay que ponerse colorado por eso... No pienses que voy á reñirte; antes por el contrario apruebo tu conducta. Habreis bebido de mi elixir, y como es natural, ha operado.

EDUAR. Ignoro las virtudes de ese elixir; mas por grandes que sean, nuestro amor no necesita de él.

VAL. Mas vale asi. Pero como advierto vuestra impaciencia de daros el dulce nombre de esposos, no quiero que digais que trato de dilatar vuestra dicha. Voy á escribir dos letras á mi notario. (Se sienta á la mesa y escribe en una cartera.)

EDUAR. ¡Tan pronto!... ¡Qué felicidad!

RUF. Hablarle es (Que entra mirando á Eduardo con recelo.) igual que si uno se diera de calabazadas contra la pared. No importa; probemos.) Caballero...

EDUAR. ¡Ah! ¡eres tú, imbécil!

RUF. (Me conoce, esto es algo.) Vengo á saber si dispone usted alguna cosa acerca de los efectos que ha traido.

EDUAR. Ahora me haces caer en ello. Ven conmigo á buscarlos.

RUF. ¡Con usted! ¿adónde?

EDUAR. ¿Adonde ha de ser, bruto?... á la casa de postas.

RUF. ¡Ah! ¡ah! sepa (Riendo estúpidamente.) usted, caballero, que de aqui no se sale.

EDUAR. ¡Cómo!

RUF. Á no ser con el permiso del señor Doctor.

EDUAR. ¿Estás loco? Diga usted, (Á D. Valentin.) suegro: ¿este muchacho está tambien tocado?...

VAL. Algo hay de eso, (Sin dejar de escribir.) algo hay de eso.

RUF. ¡Esta es buena! Yo soy el loco... y estos señores están aquí solo por gusto suyo.

EDUAR. Vamos, echa á andar pronto, porque la hora del almuerzo se acerca y tengo que ponerme un traje mas decente.

RUF. (Solemne chasco se vá á llevar si él cree almorzar en la mesa.)

EDUAR. Anda ligero. (Dándole un empellon.)

RUF. Voy á conducir á usted... (á sitio mas seguro.) (Dirigiéndose al pabellon.)

EDUAR. ¿Pero por dónde vas?

RUF. Su equipaje de usted está ahí dentro; yo mismo lo he traido.

EDUAR. En ese caso vamos. (Entra el primero en el pabellon: Rufino dá vuelta á la llave, y se queda de la parte de fuera.)

RUF. ¡Ajajá!

VAL. ¡Albricias!... ¡albricias!... (Levantándose con un papel en la mano.)

RUF. ¿Por qué?

VAL. Acabo de inventar una fórmula algebráica, que esplica evidentemente que tres y dos hacen cinco en todas las partes del mundo.

EDUAR. ¡Hola! ¡Hola! (Dando golpes fuertes en la puerta del pabellon y á grandes voces.) ¿Quién me ha encerrado?... Ó me sacan pronto de aquí ó echo abajo la puerta... ¿Nadie me oye?

RUF. ¡Ya escampa!

ESCENA X.

DICHOS, el DOCTOR, ROSA.

DOCT. ¿Quién grita de ese modo? ¿Qué sucede? ¿Qué hay?

ROSA. ¡Vaya un alboroto!

RUF. Es el pensionista que ha llegado hoy mismo: le ha dado el acceso, y le he encerrado.

DOCT. Pero, animal, ¿no sabes que ese pabellon está lleno de mis armas de caza?

ROSA. ¡Vá á hacer un estropicio!

VAL. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!... cuánto vamos á reir: (Frotándose las manos.) eso os enseñará á no encerrar á las gentes. (Eduardo aparece en la ventana del pabellon con una escopeta que empieza á cargar. El Doctor y Rufino dan asustados un paso atrás.)

EDUAR. Os digo que abrais, ó de lo contrario...

ROSA. ¡Cómo!... ¿Qué es lo (Adelantándose.) que piensa usted hacer con esa escopeta?

RUF. No se acerque usted, (Tirándole del vestido.) señorita.

DOCT. Por Dios hija, ¡cuidado!

EDUAR. ¡Ah! felizmente está usted ahí... ¿No vé usted qué modo de tratarme? Tentado estoy por creer que se me toma aquí por un loco.

DOCT. Todos dicen lo mismo.

EDUAR. Pero usted vá á devolverme la libertad, ¿no es cierto?

ROSA. Si, con tal que me prometa usted en adelante...

EDUAR. ¿Dudaria usted tambien de mi razon?

RUF. Y la convencerá de que está cuerdo.

EDUAR. ¡Ah! Si fuera verdad que la hubiese perdido, usted, solo usted, tendria la culpa de mi desgracia.

ROSA. (¡Qué galanteria de tan buen gusto!) La crisis parece pasada.

EDUAR. ¿No me responde usted?...

ROSA. Aparte usted á un lado esa arma, que me asusta, y capitularemos.

EDUAR. Nada mas fácil. (La retira.)

DOCT. ¡Jesús! Si no lo viera no lo creeria... ¡Qué estraordinario poder ejerce ya sobre él!

ROSA. Ya está usted libre. (Abriendo la puerta.)

EDUAR. Gracias, amable (La estrecha entre sus brazos.) Rosita.

DOCT. ¡Poco á poco, jóven, (Interponiéndose entre ellos.) poco á poco!

VAL. No hagas caso de ese viejo loco, querido yerno, y corramos á casa del notario, que ya nos debe esperar. Dáme el brazo, Rosa.

DOCT. No se moverá (Cogiéndola del otro.) de aquí.

VAL. ¡Pues irá!

RUF. (¡Pobre señorita, cómo la maltratan!)

VAL. Que á mi vuelta encuentre á este pensionista atado en una jaula y con la mordaza puesta.

DOCT. ¡Ah! esto es demasiado.

ROSA. ¡Padre mio!

RUF. ¡Señor! (Hablan los cinco á un tiempo y á cual mas fuerte. Los locos, que no han cesado de hacer gestos estravagantes, chillan con ellos.)

DOCT. y VAL. (Amenazándose.) Caballero, le prohibo á usted por última vez que vuelva á hablar á mi hija, ni á tomar clan-

destinamente el nombre de padre suyo, y le mando que se retire á su departamento, antes de obligarme á apelar á la fuerza.

RUF. Señor, cálmese usted. Es peligroso exasperar á esta gente: haga usted mas bien por convencerlos con buenas palabras.

EDUAR. (Corriendo del uno al otro lado.) Caballero... caballero... Rosa, esplíqueme usted... (Dominando su voz la de los demas.) Por lo visto todos están locos en esta casa. (Arrastrando á D. Valentin del brazo.) Acojámonos al mas cuerdo.

VAL. Si, yerno mio; dices bien, acógete al mas cuerdo.

EDUAR. ¿Pero cómo dejan sueltos á locos semejantes? (Señala al Doctor y á Rufino)

VAL. Tienes razon: no sé cómo dejan sueltos á locos semejantes... (Váse con Eduardo.)

ESCENA XI.

El DOCTOR, ROSA, RUFINO.

ROSA. Preciso será desesperar de su estado.

DOCT. ¡Eso es!... ¡eso es! (Se sienta en una silla, y despues de un rato de profunda meditacion, golpeándose la frente.) ¡Magnífica idea!

ROSA. ¿Cuál?

DOCT. Tú eres quien ha empezado la cura del pobre San Roman y tú vas á completarla.

ROSA. ¡Ojalá! Si de mí dependiera volverle á la razon, ¡con cuánto gusto lo haria!

DOCT. (Frotándose las manos con satisfaccion.) ¡Ah! ¡ah! mis queridos cofrades: hé aqui una terapéutica que ni por sueño habiais imaginado.

ROSA. Pero en fin, padre mio, ¿en qué consiste su proyecto de usted?

DOCT. En matar dos pájaros de una pedrada: curar á la vez á ese maniático de don Valentin, que quiere casarte á toda costa, y al iluso San Roman, que cree haber hallado en tí la mujer con quien iba á unirse, y cuya repentina muerte ha ocasionado su demencia.

ROSA. Ya adivino... se trata de un casamiento.

DOCT. Ficticio, justamente. Quizás la influencia de esta ilusion

logre calmar la furia del amor que le domina, porque su locura no consiste en otra cosa.

RUF. Señor, señor; una observacion me ocurre hacer sobre eso: si la ceremonia de la boda fingida no bastase á devolver el juicio al enfermo y hubiera necesidad de prolongar la ilusion, ¿quién reemplazaria á la novia? Por lo que á mí toca, aunque haya usted pensado en ello... me creo incapaz de desempeñar su papel.

DOCT. Vete de ahí con tus bestiales observaciones, gaznápiro.

ROSA. Mas para dar al acto del contrato la verosimilitud que requiere, habrá de ser indispensable un notario.

DOCT. Precisamente hace poco que he mandado por el mio para tratar con él de tu verdadero casamiento, y no dudo que se prestará gustoso á esta chanza, con tal que antes le esplique su humanitario objeto. Ya no debe tardar mucho. (Mira el reloj.) Lo que tendria que ver es que Eduardo, el hijo de mi amigo, llegara á lo mejor del lance y lo tomara por lo sério. Hazte cargo de su sorpresa. Ven, ven á ponerte al instante una flor en los cabellos, un lazo, cualquier cosa. (Entra con ella en el pabellon.)

ESCENA XII.

RUFINO, de mal humor.

Bruto, animal, zopenco, gaznápiro... ¿Por qué se cansarian mis padres en buscarme un nombre de pila como la Iglesia manda, si en vez de llamarme Rufino, todo el mundo no me habia de conocer luego sino por estos injuriosos dictados? ¡Oh! qué maldito oficio es el de guarda-locos... ni un minuto de descanso siquiera: (En este momento Rufino se coloca junto á la primera reja. El loco que está en ella le pega con una caña larga.) de dia recibiendo mas porrazos y puñadas que golpes doy con mi látigo, de noche no pudiendo cerrar los ojos con la horrible baraunda de voces, (Todos los locos gritan á un tiempo.) gritos y ahullidos que incesantemente atruenan la casa. Pronto espero pasar de la categoria de sirviente á la de pensionista... Y el diablo del furioso que nos ha llegado esta mañana me infunde tal terror...

ESCENA XIII.

RUFINO, EDUARDO, D. VALENTIN.

VAL. ¿Qué es eso, perezoso? (Dando un golpe en el hombro á Rufino.) Estás ahí pensando en las musarañas un dia como este, en que toda la casa está en movimiento? ¿No sabes que dentro de una hora se celebra el contrato de boda de mi hija?...

RUF. Cuando digo que no gano para golpes. (Se marcha amostazado.)

ESCENA XIV.

EDUARDO, D. VALENTIN.

EDUAR. Pero suegro, ¿á qué tanta premura?... Apenas acabo de apearme del coche, apenas me queda tiempo de quitarme el traje de camino...

VAL. Déjame tomar mis disposiciones, yo sé que estas cosas han de hacerse asi, de repente ó no se hacen nunca... Aqui viene mi hija, y tú mismo podrás observar su afan porque quede esto terminado.

ESCENA XV.

DICHOS, el DOCTOR y ROSA, bajando del pabellon.

VAL. Acércate, Rosita. Estábamos disputando tu futuro y yo sobre si debe ó no dilatarse el contrato para mañana, y queremos consultar tu parecer acerca de este punto.

ROSA. Mi parecer no es otro que el de mi padre.

VAL. Y como el mio es de que os caseis lo mas pronto posible, queda resuelta la cuestion sin apelacion de ninguna especie. (Se oye un violento campanillazo.) Ese debe ser el notario.

DOCT. (A buena hora llega. Voy á salir á su encuentro para prevenirle...)

ESCENA XVI.

DICHOS, RUFINO, que entra corriendo con rostro despavorido, y el traje hecho girones.

RUF. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

DOCT. ¿Qué pasa? ¡Rufino!... ¿De qué proviene ese espanto?

ROSA. Trae llena de arañazos la cara.

RUF. Ustedes, que siempre me estan llamando avestruz y bestia, y qué sé yo qué mas... si que han hecho una de las mayores bestialidades.

TODOS. Esplícate.

RUF. Acaba de llegar el verdadero San Roman, el cual, no bien le he abierto la puerta, se me ha avalanzado al pescuezo lo mismo que un energúmeno, con la sana intencion de estrangularme.

VAL. Un loco mas que ingresa en la casa; corro ó ofrecerle mi amistad y mis servicios. (Váse.)

DOCT. ¿San Roman dices? ¿Pero entonces, quién es este caballero?

EDUAR. Eduardo Ortega, el hijo del amigo del doctor Mauro, que no acierto por mi mal á encontrar en toda la mañana.

DOCT. ¡Eduardo! ¡Válgame Dios! Usted dispensará la estraña acogida que se le ha hecho, pero como esperábamos de un momento á otro á cierto loco recomendado por sus parientes, y ha venido usted tan de improviso, le hemos equivocado con él. ¡Nunca me perdonaré una torpeza semejante!

EDUAR. ¡Será posible! Luego el otro que se decia mi suegro...

DOCT. Es un pobre demente, cuya rara mania ya habrá usted tenido lugar de observar.

Siendo asi, ven acá, Rosa,
dále á tu novio un abrazo,
y unidos en firme lazo
vivid marido y esposa.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y D. VALENTIN, que entra por el fondo perseguido por SAN ROMAN, el cual queda tras de la verja, que cierra Rufino.

VAL. (Al público.) ¡Ay, señores! San Roman
furioso viene hácia aqui,
¡señores, por Dios! por mi...
ustedes lo detendrán.
Yo en el público descuido;
en su mano está el remedio;
para que no venga, el medio
es que hagan ustedes ruido. (Aplaude.)

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 4 de mayo de 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

EL TEATRO.

l cabo de los años mil:..	El fin de la novela.	Honrado y criminal á un tiempo.
mor de antesala.	El filántropo.	
belardo y Eloisa.	El hijo de tres padres.	
hogarse á la orilla.	Esperanza.	
larcon.	El anillo del Rey.	
ngela.	El caballero feudal.	Instintos de Alarcon.
fectos de odio y amor.	¡Es un ángel!	Indicios vehementes.
rcanos del alma.	Espinas de una flor.	Isabel de Médicis.
mar despues de la muerte.	El 5 de agosto.	
l mejor cazador...	El escondido y la tapada.	
chaque quieren las cosas.	El Licenciado Vidriera.	
mor es sueño.	¡En crisis!!!	
caza de cuervos.	El Justicia de Aragon.	Jaime el Barbudo.
caza de herencias.	El Caballero del milagro.	Juan sin Tierra.
mor, poder y pelucas.	El Monarca y el Judío.	Juan sin Pena.
mar por señas.	El rico y el pobre.	Jorge el artesano.
l pié de la letra.	El beso de Judas.	Juan Diente.
ntiguos y modernos.	Echarse en brazos de Dios.	Julieta y Romeo.
qui está un moso é verdá.	El alma del Rey Garcia	
hogarse á la orilla!!	El afan de tener novio.	
	El juicio público.	
	El sitio de Sebastopol.	
onito viaje.	El todo por el todo.	
oadicea, *drama heróico*	El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.	Los Amantes de Chincho
atalla de reinas.	El que las da las toma.	Lo mejor de los dados...
erta la flamenca.	El camino de presidio.	Los dos sargentos españoles ó la linda vivandera.
ienes mal adquiridos	El honor y el dinero.	Los dos inseparables.
altasar.	El hijo pródigo.	La pesadilla de un casero.
	El payaso.	La hija del rey René.
añizares y Guevara.	El amor y el interés.	Los extremos.
osas suyas.	Esté cuarto se alquila.	Los dedos huéspedes.
alamidades.	El Patriarca del Turia.	Los éxtasis.
omo dos gotas de agua.	El rey del mundo.	La posdata de una carta.
on razon y sin razon.	Esposa y mártir.	Llueven hijos.
omo se rompen palabras.	El pan de cada dia.	La mosquita muerta.
onspirar con buena suerte.	El mestizo.	La hidrofobia.
hismes, parientes y amigos.	El diablo de Amberes	La choza del almadreño.
on el diablo á cuchilladas.	El ciego.	Los patriotas.
ostumbres políticas.	El último vals de Weber.	Los Amantes de Teruel.
ontrastes.	El traspaso.	La verdad en el Espejo.
atilina.	Escenas nocturnas.	La Banda de la Condesa.
arlos IX y los Hugonotes.	El laberinto.	La Esposa de Sancho el Bravo.
alpa y castigo.	El gitano aventurero.	La boda de Quevedo.
orte y cortijo.	El solterón.	La Creacion y el Diluvio.
aza mayor.	El vértigo de Rosa.	La Gloria del arte.
arnioli.	Echar por el atajo.	La Gitanilla de Madrid.
	El reló de San Plácido.	La Madre de San Fernando.
	El clavo de los maridos.	Las Flores de Don Juan.
	El bello ideal.	Las Apariencias.
		Las Guerras civiles.
os sobrinos contra un tio.		Lecciones de Amor.
e audaces es la fortuna.	Furor parlamentario.	Las dos Reinas.
os hijos sin padre.	Faltas juveniles.	La libertad de Florencia.
. Primo Segundo y Quinto.	¡Flor de un dia!!	La Archiduquesita.
on Sancho el Bravo.	Flor marchita.	Las Prohibiciones.
on Bernardo de Cabrera.	Fuuesta casualidad.	La escuela de los amigos.
os artistas.		La escuela de los perdidos.
iego Corrientes, segunda parte		La bondad sin la experiencia.
iana de San Roman.		La escala del poder.
. Tomás.	Grazalema.	Las cuatro estaciones.
	Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.	La vida de Juan Soldado
l amor y la moda.	Glorias de España, ó conquista de Lorca.	Las querellas del Rey Sabio
stá loca!	Glorias mundanas.	La oracion de la tarde.
n maugas de camisa.		La llave de oro
l que no cae... resbala.		La Providencia.
l Niño perdido.		Los tres Banqueros.
l Hipócrita.		Las huérfanas de la Caridad.
l Cura de aldea.	Historia china.	La cruz en la sepultura.
querer y el rascar....	Hacer cuenta sin la huéspeda.	La ninfa Iris.
l hombre negro.	Herencia de lágrimas.	La dicha en el bien ajeno.
		Los tres amores.
		La mujer del pueblo.

Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Las mujeres.
La gratitud y el amor.
¡Llegó en martes!!
La gratitud de un bandido, tercera parte de Diego Corrientes.
La batalla de Covadonga.
La estrella de la esperanza.
Los lazos de la familia.
La mariposa.
Los quid pro quos.
La cuenta del zapatero.
La mala semilla.
La huella del pecado
La cuenta del zapatero.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Mucho ruido y pocas nueces.
Martin Zurbano.
Mocedades.
Marta y Maria.
Mentiras dulces.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es oro todo lo que relnce.
Nuevo método de buscar marido

Olimpia.
Ocho mil doscientas mujeres por ¡dos cuartos.

Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Por la boca muere el pez.
Paco y Manuela.

Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
Quién viv.!!
¿Quién es el autor?

Rival y amigo.

Su imágen
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Se salvó el honor.
¡Solo en el mundo!!

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galan.

Un amor á la moda.

Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifueque.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Vírgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuchillo.
Una equivocacion.
Un retrato á cuema ropa.
Un cuerdo loco y un loco cuerdo

Ver y no ver.
Verdades amargas

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
Aidé.
Azon Vizconti.
A cual mas feo.
Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.
Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Citas, enredos y bromas, ó el carnaval de Madrid.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.
Don Crisanto, ó el Alcalde provecedor.
D. Sisenando.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El catesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.
El delirio (drama lírico).

El dominó azul.
El mundo á escape.
El novio pasado por agua,
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.
El capitan español.
El último mono.

Farinelli.
Guerra á muerte.
Giralda.
Juan Lanas.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*La música.*)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.

La huérfana.
La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.
La pensionista.
La guerra de los sombreros.
Mateo y Matea.
Mentir á tiempo.
Marina.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina:
Por conquista.
¡Quien manda, manda!
Simon y Judas.
Tres madres para una hija.
Tres para una
Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 4 cuarto segundo de la izquierda.